

estremeciéndose al pensar que le vería entrar sin saber qué debía decirle.

Prestó atención pareciéndole que alguien andaba sigilosamente por el corredor y se detenía junto á su puerta. Llamaron discretamente.

—Adelante—exclamó maquinalmente, turbada, sin saber lo que se decía.

Y fué Jacobo el que entró.

X

Cuando al despertarse en la Noirande Jacobo, se enteró de la brusca partida de Guillermo y de su mujer, mostróse muy sorprendido, pero no pudo ni sospechar remotamente el terrible drama á que su presencia había dado lugar. Geneveva contóle en breves palabras la fingida historia de la repentina muerte de un pariente que había obligado á sus amos á ponerse en camino aquella misma noche. No pensó ni por un momento discutir la veracidad de semejante historia. « ¡Bah! pensó Jacobo, ya veré á mis tortolitos á mi regreso de Tolón. » Y por el pronto no pensó más que en pasar el día lo más alegremente que le fuera dable.

Fué á pasear su aburrimiento por las estrechas y silenciosas calles de Veteuil, donde tuvo la mala suerte de no encontrar á ninguno de sus discípulos. Le parecía que no llegaba nunca la hora de salir del pueblo. Por la tarde, cuando sólo faltaban algunos minutos para la salida de la diligencia, se le acercó un hombre que después de lanzar varias exclamaciones al reconocerle, púsose á contarle minuciosamente los últimos momentos de su tío. Cuando por fin le dejó, la diligencia se había marchado. Jacobo entonces tuvo que perder más de una hora buscando un vehículo cualquiera que le condujese; pero entró en Nantes á tiempo únicamente de oír el silbato del tren que se ponía en marcha. Aquel retraso le contrarió en extremo. Se enteró de que por la mañana temprano podía tomar

un tren que le llevaría á París á hora oportuna para emprender inmediatamente su viaje á Tolón. Decidió pasar la noche en la posada del *Gran Ciervo* que ya conocía en su época de estudiante. Allí estaba entre gente amiga; los criados eran los mismos y el mozo que le guió á la alcoba, se permitió recordarle, con la familiaridad de los de su oficio, las horas pasadas en otro tiempo en la posada en compañía de Magdalena. El mozo se acordaba mucho de aquella hermosa joven, cuya bolsa estaba siempre abierta.

Cuando Jacobo llegó á la posada eran las diez de la noche. Estuvo más de una hora fumando junto al fuego, y cuando se iba á acostar llamaron quedamente á la puerta de su cuarto. Abrió y entró el mozo que le había acompañado, quien, después de pedir humildemente perdón por entrometerse en asuntos ajenos, dijo que hacia pocos minutos había llegado Magdalena á la posada acompañada de un caballero. Sonrió maliciosamente y añadió que había á los viajeros la habitación número 7 de la que el señor seguramente se acordaría. El ex-cirujano no pudo reprimir una sonrisa. Las delicadezas en materia amorosa hallábanse muy gastadas por sus fáciles conquistas, y no pensó en ofenderse por semejante confidencia. Dirigió dos ó tres preguntas al camarero inquiriendo si Magdalena era bonita todavía y si su acompañante era viejo, y concluyó por manifestarle que la vecindad de la joven no le impediría dormir á pierna suelta.

Cuando el mozo se retiró empezó á dar paseos á lo largo de su habitación, pensando á pesar suyo, en sus antiguos amores. No era naturalmente soñador; durante su larga ausencia el recuerdo de su ex-querida no le había preocupado mucho, y sin embargo, estaba allí, junto á su cuarto en compañía de otro hombre. Magdalena era la única mujer con la cual había vivido maritalmente durante un año, y tenía la convicción de haberla poseído virgen, lo que la distinguía á sus ojos sobre todas las innumerables mujeres queridas de una noche y puestas á la puerta de la calle al día siguiente. Sus recuerdos le inspiraron un vivísimo deseo de estrechar amistosamente las manos de Magdalena, con seguridad que no la amaba ya, pero indudablemente experimentaría gran alegría hablando breves momentos con ella. Pensó pues de que medios se valdría para lograr su deseo penetrando en la habitación que ocupaba Magdalena. Tal entrevista le parecía sencillísima y sin compromiso de ninguna clase. Esperaba por otra parte que su antigua amante le saltaría al cuello en cuanto le viese. La suposición de que acaso estuviese casada, si se le ocu-

rió parecióle altamente cómica, porque no podía menos de verla en su casa en la calle de Soufflot en medio de sus amigos fumando su pipa de barro blanco. Resolvió, sin embargo, obrar con prudencia para no despertar sospechas en el nuevo amante de Magdalena.

Su cuarto se hallaba situado al extremo del corredor. Tres habitaciones separaban de la suya la que tenía el número 7. Entreabrió su puerta, escuchando y reflexionando acerca las dificultades de poner en práctica su proyecto. Debiendo marcharse á la madrugada, desesperaba de llevar á cabo su empresa, cuando oyó un rumor de puerta que se abría. Alargó la cabeza y observó la sombra de un hombre que salía del cuarto número 7, y se alejaba por el lado de la escalera. Cuando dejó de oír el rumor de los pasos sonrióse cáusticamente.

—El señor no está—se dijo,—este es el momento oportuno para presentar mis respetos á la señora.

Y con paso de lobo fué á llamar á la puerta de Magdalena. Cuando entró, Magdalena al verle de pie ante ella, se levantó con brusco ademán. Por lo demás, su aparición súbita no le causó una extrañeza extraordinaria. Podía decirse que casi lo esperaba. Desde que había reconocido la habitación, desde que los recuerdos del pasado enloquecieron su cerebro, ya esperaba ver á su primer amante surgir ante ella. Se había presentado y esto era natural. Estaba en su casa. No se preguntó á qué se debía la casualidad de hallarse Jacobo en el *Gran Ciervo*, ni cómo había sabido su presencia allí. Sintió que un helado estremecimiento agitaba su cuerpo. Derecha, rígida, con sus ojos fijos en Jacobo, Magdalena esperaba que él hablara primero, con extraña calma.

—Sí, sí, es Magdalena—dijo Jacobo al fin bajando la voz. El ex-cirujano sonreía mirándola con deleite.

—Ese diablo de José—prosiguió,—tiene una memoria excelente... ¿Te acuerdas? Es el mozo que nos sirvió cuando venimos á esta posada... Ha venido á decirme que estabas aquí y te había reconocido... He querido pues estrecharte la mano, querida niña.

Jacobo avanzó hacia Magdalena con las manos cordialmente extendidas y sonriendo siempre. La joven retrocedió.

—No, no—murmuró.

Jacobo pareció sorprendido de esta negativa, pero no por eso se disgustó.

—¿Rehusas estrechar mi mano?—dijo.—¿Y por qué? ¿Acaso piensas que quiero perturbar tus nuevos amores? Te equivocas Magdalena, soy un amigo, un antiguo amigo y

nada más. He esperado á que tu señor se marchase y me retiraré en cuanto le oiga regresar... ¿Es el gordo Raúl?

Raúl era un estudiante que había ofrecido á Magdalena su cuarto y su corazón cuando Jacobo se marchó. La joven se estremeció al oír aquel nombre. La suposición que hacía Jacobo, de la posibilidad de un lazo entre ella y uno de sus antiguos amigos, la ofendía profundamente.

«¿Y si se lo dijera todo?» pensaba Magdalena. Ofendida é irritada recobraba la energía y decisión de su carácter, en breves frases, iba á confesar la verdad de su primer amante, ó suplicarle que jamás tratase de verla, cuando Jacobo continué diciéndola con alegre acento:

—¿No me respondes?... ¡Válgame Dios! ¡Qué discreta eres! ¿Eres tú la que has elegido esta habitación? ¡Ah! ¡mi querida niña, que hermosos y buenos días hemos disfrutado en ella!... ¿Sabes que no obras muy correctamente conduciendo aquí á tu amante?

Lanzó una carcajada. Magdalena anonadada le contemplaba presa de profundo estupor.

—¡Oh! no he sido nunca fatuo—añadió Jacobo.—Creo que me has olvidado por completo... Pero no quisiera estar en el lugar de ese señor... Entre nosotros, ¿por qué diablo has elegido este cuarto?... ¿No me respondes? ¿Acaso no nos separamos amigablemente?

—No—contestó Magdalena, con voz queda.

Vacilaba y tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer. Sentía que tendría el valor de hablar; nunca se atrevería á nombrar á Guillermo, ahora que Jacobo se burlaba del hombre que debía pasar con ella la noche en aquella alcoba que en otro tiempo fué nido de sus amores. Para colmo de desdichas sólo le faltaba que Jacobo con brutal ironía, pensara que ella había elegido intencionalmente aquel cuarto; le parecía que su primer amante la arrojaba con una sola frase al fango de donde jamás debió haber salido; se consideraba manchada con una mancha tan imborrable que bajó la cabeza avergonzada como si fuera culpable. Además la presencia de Jacobo la producía la misma sensación de espanto que la víspera, abandonóla su frialdad y energía habituales. Esas conmociones profundas eran propias de su temperamento sanguíneo; aquel hombre á quien se consideraba unida para siempre por los fuertes lazos de la carne, la dominaba por completo con sus palabras y sus miradas bajo las cuales quedaba jadeante, débil y vencida. Al sentirse poseída de aquel abandono de mujer sumisa, tuvo miedo de sus ideas de lucha y se resignó. Jacobo ignoraba todo lo ocurrido y la casualidad solamente le ponía á su camino. Resolvió la

joven apurar su vergüenza hasta el fin, esperando que su primer amante se marchara.

Jacobo no podía adivinar las causas de la palidez y el sufrimiento de Magdalena. Se imaginó que lo consideraba capaz de estarse allí hasta que volviera el hombre con quien ella vivía para dar un espectáculo ridículo.

—No tengas miedo—le dijo sin cesar de sonreír,—¿me tomas por un ogro? Ya te he dicho que sólo deseaba estrechar tu mano. Me voy en seguida, porque no tengo el menor deseo de ver á ese señor. En cuanto oiga sus pasos me escapo.

Fué á escuchar junto á la puerta que estaba abierta. Después volvió al lado de Magdalena sin que su actitud le hiciera perder su buen humor. Aquella original entrevista le divertía.

—¿No sabes—dijo,—que he estado á punto de quedarme en el fondo del mar, pero los peces no me han querido?... Vuelvo á vivir en París donde te encontraré seguramente... Supongo que allí no me recibirás con esa cara de espanto... ¿Y tú de dónde vienes? ¿Qué haces?

—Nada—replicó Magdalena.

Sus fuerzas le faltaban, escuchaba y respondía maquinalmente. Se decía que cuando él no estuviese allí, decidiría lo que iba á hacer. En su aturdimiento no había pensado que su marido podía entrar de un momento á otro.

—¡Ah! ¿con qué no haces nada?—exclamó Jacobo algo desconcertado.—¡Dios mío que fría eres! Yo que creí que saltarías á mi cuello... ¿Así, pues, le amas?

—Sí.

—Tanto mejor. Odio á las personas que tienen el corazón vacío... ¿Hace mucho tiempo que estás con él?

—Cinco años.

—¡Demonio! ese es ya un amor serio. ¿De modo que no es el gordinflón Raúl? ¿Acaso serán Jorge ó el rubicundo Durand?... ¿Tampoco?... ¿Es alguno que no conozco?

Magdalena se puso más pálida y tuvo un estremecimiento que dió á su semblante expresión de indecible dolor. Jacobo creyó que oía la joven los pasos de su amante.

—¡No tiembles de ese modo! Te he prometido escapar en cuanto le oiga. Me causa un placer inmenso hablar contigo... ¿Ya no ves á los muchachos que te he nombrado?

—No.

—Eran buenos chicos y de ellos me he acordado muchas veces. ¿Te acuerdas de los ratos felices que en su compañía hemos pasado? Por la mañana nos íbamos al bosque de Verriéres, y por la noche regresábamos cargados de enormes ramos de lilas... Todavía me acuerdo de los plafos

de fresa que nos comíamos y tengo muy presente el cuartito donde solíamos dormir... A las cinco de la mañana abría yo las persianas y entraban los rayos del sol á despertarte... Siempre creí que alguno de mis compañeros ocuparía mi puesto en tu corazón.

Magdalena hizo un gesto de súplica. Pero á Jacobo le molestaba aquella fría actitud y prosiguió brutalmente:

—Dime la verdad y te prometo no enfadarme... Eso tenía que suceder, lo sé; ¡así es la vida! Se toma un amante, se deja y se le vuelve á encontrar. No pasará una semana sin que yo encuentre alguna de mis antiguas amigas. Haces mal tomando las cosas por lo trágico y en tratarlas como enemigo... ¡Tú, tan alegre y tan despreocupada en aquel tiempo!

Y la contemplaba admirado de hallarla tan gruesa, tan fresca y en la plenitud de su belleza.

—Puedes hacerme todos los gestos que quieras—añadió bromeando,—no por eso he de encontrarte menos hermosa... Te has hecho mujer y debes ser dichosa... ¡Mírame un poco!... ¡Ah! ¡mis hermosos y adorados cabellos rojos, mi dulce y nacarado cutis!

Se acercó más á Magdalena con los ojos inflamados por el deseo.

—Vamos, abrázame.

—No, déjeme usted, se lo ruego—balbuceó Magdalena con voz apenas perceptible.

Impresionado por el tono de desesperación que había en las palabras de Magdalena. Jacobo se formalizó de pronto. Como en el fondo era un buen muchacho, comprendió que había sido brutal y cruel. Dió algunos pasos hacia la puerta, después se detuvo y volviéndose dijo:

—Tienes razón Magdalena, soy un tonto y he hecho muy mal en venir. Perdóname mis burlas como yo te perdono tu frialdad, pero me temo que te falte el corazón y la memoria. Si realmente quieres á ese hombre, no debes estar sola con él en este cuarto.

Hablaba tan en serio que Magdalena retuvo sus sollozos cuando Jacobo le señalaba con enérgico ademán las paredes de la habitación.

—Yo no creo en nada—continuó, soy poco delicado en cuestiones amorosas, porque en todas partes encuentro á quien adorar, y sin embargo, me parece que esa cama, esos muebles, todo el cuarto en fin, me hablan de ti; acuérdate, Magdalena.

Los recuerdos que evocaba hicieron brillar de nuevo el deseo en sus miradas.

—Vamos—dijo acercándose á Magdalena,—sólo te pido un apretón de manos antes de marcharme.

—No y no—repitió Magdalena enloquecida.

Jacobo la contempló algunos momentos temblorosa, se encogió después de hombros y salió diciendo entre dientes que era una estúpida. El temor que por un momento le había asaltado de haber estado algo brutal, fué pronto ahogado por una sorda irritación contra aquella antigua querida que se negaba rotundamente á estrechar su mano. Si había tenido un momento de debilidad al mostrarla el cuarto, era porque reconocía los celos que sentía vagamente y que no hubiera tenido el valor de confesar con franqueza.

Cuando Magdalena se vió sola, se puso á dar vueltas por la habitación y maquinalmente llevaba los paquetes de un lado á otro. Sentía dentro de sí una especie de grito, un zumbido ensordecedor que le impedía fijar sus ideas. Hubo un momento en que pensó en seguir á Jacobo, para decirle que estaba casada con Guillermo. Ahora que él no estaba delante se creía con fuerzas para hacer esta confesión. No se decidía á llevar á cabo aquel acto de valor para ayudar á su esposo y asegurarle un porvenir tranquilo, porque en aquel momento no pensaba más que en sí misma y se desesperaba al recordar el menosprecio, la familiaridad y el sarcasmo con que la había tratado Jacobo. Quería demostrarle que vivía como mujer honrada y que como tal debía respetarla. Esta sublevación de su orgullo le ocultaba su verdadera situación. Ya no se preocupaba de lo que tenía que decir á Guillermo cuando volviera. Exasperada por la crueldad con que los hechos la castigaban, sentía en medio de su cólera deseo egoísta de tranquilizarse, desahogándose de una manera inmediata y violenta.

Cuando gesticulando furiosa iba de un lado á otro, oyó abrirse la puerta que Jacobo había dejado entornada. Volvióse creyendo que era su marido el que entraba, y en el dintel de la puerta vió á la pordiosera del camino que había seguido el coche hasta la posada del *Gran Ciervo*. Aquella mujer se le acercó mirándola detenidamente.

—No me había equivocado—dijo.—Te reconocí á pesar de la oscuridad. ¿Y tú no me conoces?

Magdalena hizo un gesto de viva sorpresa al ver á plena luz el rostro de la pordiosera, pero se dominó. Irguióse más y se dispuso á ser implacable.

—Si la reconozco á usted, Luisa—respondió con voz en que estallaba toda su cólera, toda la desesperación de que se hallaba poseída.

No le faltaba más que la aparición de aquella mujer para volverse loca. Luisa era la antigua amiga que la llevó á ver á su hija la víspera de la partida de Jacobo. En el barrio Latino se la conocía por el apodo de *Verde-Gris* sobrenombre que se le había puesto porque acostumbraba á emborracharse con ajeno, y por el color verdoso de sus mejillas. *Verde-Gris* tuvo una época en que pasaba por una celebridad, cuyos favores se disputaban los jovenzuelos escapados del colegio. Despavorida, atacada de histerismo por la bebida, se colgaba en los bailes públicos del cuello de todos los hombres. Era la lujuria de la embriaguez, y perdía hasta la conciencia de la vergüenza en que vivía. Cuando tuvo una hija pareció apartarse del vicio. Jacobo que gustaba de su carácter, no tuvo escrúpulo en dársela por compañera á Magdalena, con tanto más motivo siendo entonces Luisa querida de uno de sus amigos más íntimos. Luisa decía que quería retirarse y vivir con un solo hombre, pero siguió rodando por el fango sin poder tomar en serio su maternidad. Cuando Magdalena vivía en la calle del Este, la vió una noche arrastrarse por la calle entre dos estudiantes que la golpeaban, y el recuerdo de aquella repugnante criatura había quedado grabado para siempre en su memoria.

Actualmente, *Verde-Gris* había descendido al fondo del abismo. Tendría treinta y tantos años, y al verla nadie le hubiera dado menos de cincuenta. Llevaba un traje harapiento, cuya falda muy corta, dejaba al descubierto sus pies calzados con zapatos de hombre. Un chal atado á la cintura pretendía cubrir la desnudez del cuerpo, y sus brazos salían de debajo del chal desnudos y amoratados por el frío. El rostro rodeado por un pañuelo que anudaba debajo de la barba, tenía la expresión del más innoble embrutecimiento. La bebida la había convertido en una crapulosa máscara; los labios, blancos, carecían de fuerza para unirse, y sus enrojecidos ojos parpadeaban incesantemente. En vez de hablar balbuceaba con ronca voz entrecortada por accesos de hipo, acompañando sus palabras con vagos ademanes que conservaban un resto de las gracias obscenas de sus antiguas danzas desordenadas. Pero lo que sobre todo hacía inmundá á tal criatura, era su aspecto estúpido y el continuo temblor que la agitaba. El ajeno había corroido su carne y su espíritu. Accionaba y hablaba en medio de una especie de estupor interrumpido por estremecimientos nerviosos y repentinas exaltaciones. Magdalena recordó lo que su marido le había dicho acerca de aquella mujer que recorría las calles como una escapada de Charenton. La creyó completamente loca y esto acabó de disgustarla.

—Sí, la reconozco á usted—la repitió con dureza.—¿Qué quiere usted?

Luisa la miraba con ojos extraviados y riendo como una idiota.

—¿Ya no me tuteas? ¿Te has vuelto orgullosa?... ¿Será tal vez porque no llevo traje de seda como tú? Bien sabes, hija mía, que la vida tiene sus alternativas; tal vez mañana te veas tú tan pobre como yo lo estoy ahora.

Cada palabra molestaba á Magdalena. Todo su pasado desfilaba ante ella y la hacía pensar en que aquella mujer tenía razón, y que ella podía haber descendido á su grado de infamia.

—Se engaña usted—dijo violentamente;—soy casada... déjeme.

Pero la loca continuó:

—Has tenido mucha suerte, yo no soy tan afortunada. Cuando te he visto en un coche con un caballero, he creído que habías pescado á un millonario... ¿Es tu marido el que me ha arrojado una moneda de cinco francos?

Magdalena no contestó, sufría horriblemente. *Verde-Gris* se esforzaba para fijar sus ideas y luchar con un escrúpulo que la había asaltado en aquel momento. Por fin dijo metiéndose la mano en el bolsillo:

—Te voy á devolver los cinco francos; el dinero de un marido es sagrado. Creí que aquel caballero era tu amante y por eso los tomé.

Magdalena la rechazó con brusco ademán.

—Guarde usted ese dinero; yo se lo doy. ¿Qué más quiere de mí?

—Nada—respondió Luisa con aire idiota.

Después y como si de pronto recordara lo que quería:

—¡Ah, sí!—exclamó.—Ya recuerdo ahora... En verdad que te portas muy mal Magdalena. Yo no tengo la cabeza muy segura y tú me la acabas de trastornar con tus aires de gran señora. Quería charlar, reír un poco, recordar nuestros buenos tiempos. Cuando te reconocí en el coche, me alegré y te he seguido porque no me atreví á darte un apretón de manos delante de aquel caballero. Puedes creerme que deseaba que estuviéramos solas, porque aquí no veo á nadie de nuestras antiguas amistades. Estoy contenta de saber que eres dichosa.

Se había sentado y lloriqueaba con voz ronca charlando con tanta familiaridad que hacía inútiles todas las delicadezas de Magdalena. Encogida dentro de sus pingajos, dirigía á su antigua amiga dulces miradas que degeneraban en enternecimientos de borracho. Su acento canallesco que in-

útilmente procuraba hacer cariñoso, hacía la escena insostenible.

—Mira lo que son las cosas—continuó,—yo no he sido afortunada, caí enferma en París, según me dijeron, por haber bebido demasiado ajeno, y mi cabeza parecía hueca y mi cuerpo temblaba como una hoja azotada por el viento... Mira como las manos me tiemblan aún. En el hospital tomé miedo á los practicantes porque les oía decir que viviría muy poco. Pedí que me dejaran salir y consintieron; quise volver á Gorques, un pueblecito que está á una legua de aquí, donde mi padre era carretero, y uno de mis antiguos amantes me pagó el billete del ferrocarril...

Se detuvo un momento para tomar aliento porque sólo podía hablar en períodos cortos.

—...Mi padre había muerto después de haber perdido cuanto dinero tenía en malos negocios. En su lugar encontré á otro carretero que me puso de patitas en la calle. Pronto hará seis meses de esto. Quería haber regresado á París, pero no tenía ni cinco céntimos ni vestidos siquiera... Yo era cosa catada, los hombres no me hubiesen recogido ni con tenazas, y decidí quedarme por aquí. Los aldeanos no son malos y me dan de comer. Algunas veces los chucuelos me persiguen por las calles apedreándome.

La voz se había hecho sombría. Magdalena, helada y rígida escuchaba su relato y ya no tenía valor para despedirla. *Verde-Gris* acabó por mover indolentemente la cabeza, y volviendo á su habitual sonrisa que ponía de manifiesto sus amarillos dientes.

—¡Bah!—exclamó,—también yo he tenido mi época. ¿Te acuerdas como me perseguían los hombres?... Las hemos corrido buenas las dos en Verrières. Yo te quería mucho porque no me molestabas con necedades como las otras; pero esto no impidió que un día en el campo me disgustara contigo; te había abrazado mi amante y te hice creer que sentía celos, ¡cómo me burlé de ti aquel día!

Magdalena palideció horriblemente. Los recuerdos evocados por la loca le ahogaban.

—A propósito preguntó de pronto Luisa, ¿y el tuyo? Aquel buen mozo... Pedro... Jacobo... no recuerdo como se llamaba; un buen mozo de verdad. ¿Qué has hecho de él? ¡Aquel si que era un hombre alegre!... Voy á decirte una cosa; me hacía el amor porque me encontraba muy original. Ya no puede incomodarte el saberlo ¿verdad? ¿Lo ves alguna vez?

Ya Magdalena no tenía fuerzas para soportar por más tiempo la angustia que le causaba la presencia de *Verde-*

*Gris*; la cólera le ahogaba y estaba en un estado terrible de excitación nerviosa.

—Ya he dicho á usted que estoy casada—contestó á la loca,—váyase usted, se lo fuego, váyase usted.

La loca tuvo miedo; se levantó con los ojos extraviados como si hubiera oído las voces de los chiquillos que la perseguían tirándole piedras.

—¿Por qué me echas?—baluceó.—Nunca te he hecho el menor daño; he sido tu compañera y cuando nos separamos por última vez quedamos buenas amigas.

—Váyase usted, váyase usted—segua diciendo Magdalena;—yo no soy la mujer que conoció usted en otro tiempo; estoy casada y tengo una hija.

—También yo tenía una hija; no sé si existe; dejé de pagar á la nodriza y me la quitaron. Magdalena no eres buena... me tratas como á un perro. Razón tenía yo al decir en otro tiempo que te hacías inaguantable con tus modales de señorita.

Y como Magdalena la fuera empujando poco á poco hacia la puerta, se alborotó de pronto y dando gritos ensordecedores, decía:

—No por haber tenido suerte tienes el derecho de despreciar á los demás. Cuando vivíamos en París éramos iguales. Si tu marido me hubiera encontrado, hoy sería yo la que llevaría esos vestidos de seda y tú tendrías que correr descalza por los caminos.

Magdalena sintió en el pasillo los pasos de su marido que volvía. Dominada por una rabia loca cogió á Luisa por la muñeca y la llevó violentamente al centro de la habitación gritándole:

—Espere usted; tiene usted razón; aquí viene mi marido y debe usted quedarse para decirle que soy una infame.

—Eso no—respondió la loca separándose,—me has disgustado. Eres muy orgullosa y tu proceder me ha hecho exasperar... pero ya me voy, pues no quiero causarte ningún perjuicio.

Cuando iba á salir, entró Guillermo. Se detuvo sorprendido ante la mendiga y dirigió una mirada interrogadora á su mujer. Magdalena estaba apoyada en el armario. Su exasperación la había puesto rígida. No había en su frente ni una sola arruga, ni la menor turbación alteraba su mirada. Fría y resuelta con el rostro contraído por una feroz energía, parecía dispuesta á la lucha.

—Ésta es una de mis antiguas amigas, Guillermo—dijo con duro acento,—ha subido para hablar conmigo. Invítala para que vaya á vernos á la Noirande.

Estas palabras causaron á Guillermo dolorosa impresión. Había adivinado por el tono con que su mujer las pronunciaba, que su paz había muerto nuevamente. Su dulce fisonomía expresó una angustia muda. Había dejado á Magdalena tranquila y sonriente, soñando en un porvenir tranquilo, y la encontraba temblorosa, irritada y con los ojos fijos en él de una manera dura é implacable.

Se acercó á Luisa y le dijo con voz conmovida y baja:

—¿Ha conocido usted á Magdalena?

—Sí, señor—contestó la loca,—pero no la haga usted caso; si yo hubiera adivinado lo que iba á suceder, no hubiera venido.

—¿Quiere usted dinero?—la preguntó.

La loca hizo un gesto negativo, y contestó:

—No, muchas gracias. Si usted fuera mi amante no diría que no... Me voy, buenas noches.

Cuando hubo cerrado la puerta, los esposos se miraron en silencio. Comprendían que un choque inevitable debía hacerles sufrir de nuevo y que no podrían despegar los labios sin herirse fatalmente. Hubieran querido no hablar y á su pesar se sentían impelidos á abordar los nuevos sufrimientos que les amenazaban. Fué aquel un momento cruel de desconfianza y de ansiedad. Guillermo esperaba con resignación y terror. No podía explicarse aquel cambio tan brusco. Se aproximó á su mujer tratando de tranquilizarla, imprimiendo en sus miradas toda la dulzura misericordiosa de que aun se sentía poseído; pero ella seguía fuera de sí por las dos escenas que en tan poco tiempo se habían sucedido anonadándola; diez minutos habían bastado para despertar todo su pasado. Ya no podía librarse del frío terror que le habían causado la aparición de Jacobo y de *Verde-Gris*. Después que había salido su primer amante, no se inquietaba por los disgustos que podía dar á su marido; su único deseo era desahogar su cólera, y la visita de Luisa había acabado de darle el egoísmo feroz del sufrimiento. Agitada, pues, esta idea, pensaba: «Ya que soy una infame y no hay perdón para mí, seré lo que el cielo quiera que sea.»

Por eso fué ella la que habló primero.

—Hemos sido cobardes—dijo bruscamente á Guillermo.

—¿Por qué?—dijo éste.

Magdalena movió desdenosamente la cabeza, y prosiguió:

—No debíamos haber huido como culpables sino hacernos fuertes escudándonos en nuestro derecho, en el derecho que dan cinco años de ternura y de cariño... Ya no es hora de luchar, estamos vencidos y nuestra tranquilidad ha muerto.

Guillermo deseaba saber lo que había ocurrido.

—¿Qué ha pasado, Magdalena?

—¿No lo adivinas?—gritó la joven.—¿No has visto á esa desgraciada? Ella ha recordado el pasado que me mortifica y que inútilmente quiero olvidar.

—Ya se ha marchado, cálmate. Nada existe de común entre esa criatura y tú. Yo te amo.

Magdalena sonrió dolorosamente y alzó los hombros con desdén.

—¿Nada de común? Si hubieras estado presente la hubieras oído decir que si tú no me hubieras recogido yo me arrastraría ahora por las calles de París.

—Cállate, Magdalena, no hables así. Eres mala y te complaces en manchar nuestras caricias.

Pero la joven se excitaba á sí misma por las palabras groseras que sentía subir á sus labios. Se irritaba porque veía á su marido tratando de defender sus amores, y buscaba poseída de sorda cólera las pruebas más concluyentes de su infamia, para que lanzándose al rostro, desistiese de su propósito de calmarla. No se le ocurrió más que esta frase:

—He visto á Jacobo.

Guillermo no comprendió; la miró como un idiota.

—Hace un momento estaba aquí—continuó Magdalena,—me ha tuteado y quería abrazarme.

Y al decir estas palabras miró fijamente á su marido que palideció, y apoyándose sobre la mesa, balbuceó:

—Jacobo se había marchado.

—No, duerme en el cuarto inmediato. Le he visto.

—¡Ese hombre está en todas partes!—dijo entonces Guillermo con un arranque de ira y de espanto.

—Indudablemente—exclamó Magdalena con soberbio gesto de convencida.—¿Acaso creías que era posible matar al pasado? ¡Ah! ¡Es verdad!... Este cuarto te parecía un rincón perdido, un retiro escondido donde nadie se podría interponer entre nosotros; ¡me decías que estábamos solos y que íbamos á pasar aquí una noche de amor tranquilo!... ¡Pues bien, la oscuridad y silencio de este cuarto eran mentira! En este alojamiento donde sólo pensábamos pasar algunas horas, nos esperaba el tormento.

Guillermo la escuchaba abatido, con los ojos clavados en el suelo y desesperado por no poder atajar el flujo furioso de sus palabras.

—Y yo—continuó Magdalena,—he sido tan necia que he creído que había lugares en que se olvida. ¡Me mecia en tus sueños!... ¿Ves, Guillermo, como no hay ningún sitio donde podamos estar solos? Iríamos á ocultarnos en el

último rincón del mundo y el destino iría á buscarnos en nuestro escondite, y allí me seguiría mi vergüenza que nos enloquecería. Es que llevo la desgracia conmigo, y el más ligero soplo basta para poner al descubierto mis llagas. Desengáñate, Guillermo, estamos acorralados como dos bestias heridas que buscan inútilmente un abrigo de matorral en matorral, y que acaban por morir en un barranco.

Se detuvo un instante para proseguir con creciente irritación:

—Tenemos la culpa, lo repito. No debíamos haber cometido la cobardía de huir. Al abandonar la Noirande, el día que se presentó ese hombre, te dije, que los recuerdos son traicioneros é implacables, y nos perseguirían por todas partes. Ahí está la aulladora jauría que nos acorrala. Yo oía á los recuerdos correr afanosamente detrás de mí, ahora los oigo también al mismo tiempo que siento que sus aceradas uñas se me clavan en la carne. ¡Oh, cuánto sufro! Los recuerdos me martirizan...

Al lanzar este grito, se llevó las manos al pecho como si realmente se clavaran en él los dientes de un perro. Guillermo estaba abatido por el dolor; las crueles palabras de su mujer comenzaban á producirle una especie de impaciencia nerviosa. La voluptuosidad cruel que Magdalena hallaba mortificándose, hería su debilidad, su necesidad de descanso. Irritábase contra él mismo. Hubiera querido obligarla á guardar silencio; pero prefirió tratar de calmarla y lo hizo con blandura.

—Ya olvidaremos—dijo,—iremos á buscar la felicidad más lejos todavía.

Magdalena rió nerviosamente. Se retorció las manos acercando á su marido su rostro pálido.

—¿Crees—exclamó,—que puedo tropezar á cada paso y conservar la cabeza serena? No me encuentro con fuerzas para eso; necesito tranquilidad ó no respondo de mi razón.

—Vamos, no te martirices tan cruelmente—dijo Guillermo tratando de coger las manos de Magdalena.—Bien ves cuanto sufro. Acaben de una vez estas escenas crueles... Mañana cuando estemos tranquilos daremos con el remedio que ahora no vemos... Es tarde, acostémonos.

Guillermo estaba seguro de que no podría dormir, pero deseaba aislarse en la oscuridad de la noche; le parecía que sufriría menos cuando estuviera en la cama y apagada la luz dejaría de oír la voz incisiva de Magdalena. Se aproximó al lecho, corrió las cortinas y levantó las ropas de la cama. Su mujer, sin apartarse del armario, le miraba de un modo extraño. Cuando vió que levantaba la

ropa y se fijó en la deslumbradora blancura de las sábanas, dijo:

—Yo no me acostaré... Por nada del mundo me acostaría contigo en esta cama.

Guillermo se volvió sorprendido, no comprendiendo la causa de aquella nueva protesta.

—Aun no te he dicho—añadió Magdalena,—que he dormido en esta alcoba con Jacobo. En esta misma cama he dormido entre sus brazos.

Y señaló el lecho con un gesto significativo. Guillermo retrocedió y fué á sentarse otra vez junto á la mesa. Largo rato permaneció silencioso y abatido. Esta vez se entregaba inerte en los brazos del destino; el martirio era demasiado cruel.

—No debes odiarme porque te digo la verdad—agregó con aspereza Magdalena.—Quiero evitarte una vergüenza. ¡Te niegas, verdad, á abrazarme en el mismo lecho donde Jacobo me ha poseído antes que tú? Tendríamos pesadillas horribles y á mí me mataría probablemente el dolor.

El nombre de su primer amante, que acababa de pronunciar por segunda vez, avivó el recuerdo de la escena que poco antes se había desarrollado entre ella y Jacobo. La cabeza le daba vueltas y hablaba sin coordinar las ideas.

—Hace un momento estaba aquí. Se burlaba de mí y me insultaba. Para él soy una pobre muchacha, una cualquiera, á quien tiene el derecho de insultar. No sabe que ahora se me respeta; no me ha visto todavía de tu brazo... Hubo un momento en que quise descubrirle la verdad y no pude. ¿Quieres saber por qué no he tenido fuerzas para hacerlo, y le he dejado que se ría de mí y me tutee? No, no puedo decírtelo... ¡Estó lo debo ocultar! Si lo supieras no me volverías á hablar de buscar remedio á nuestro mal. Ese hombre ha llegado hasta á decirme que había yo traído aquí un nuevo amante para disfrutar el repugnante placer de evocar el pasado.

Guillermo no se estremeció esta vez, se acostumbraba á los golpes. Después de una ligera pausa:

—Esta habitación—murmuró Magdalena,—la conozco bien... Retírase por fin del armario donde estaba apoyada desde el principio de esta escena, y llegó hasta el centro del cuarto. Allí violenta, muda y conteniendo las frases que parecían querer salir de su garganta atropellándose, se puso á examinarlo todo con fijeza. Guillermo que al verla incorporarse y caminar había levantado la cabeza, se asustó de la expresión de su mirada, y sin poderse contener, la dijo:

—Magdalena, me das miedo, no mires de ese modo á las paredes.

La joven sacudió violentamente la cabeza y girando con lentitud sobre sus talones, continuó examinando los objetos sin acercarse á ellos.

—¡Los conozco! ¡Los conozco!...—repetía fuera de sí.—Mi pobre cabeza estalla. Es preciso perdonarme. Las palabras asoman á mi pesar á mis labios, quisiera ahogarlas, pero son más fuertes que yo y se escapan... El pasado me domina... ¡El pasado! Cosa horrible... ¡Por piedad mata mis recuerdos, máталos!

Poco á poco fué levantando la voz hasta gritar desafiadamente:

—¡Quisiera haberme muerto para no pensar ó volverme loca!... ¡Qué felicidad perder la memoria, vivir como una cosa; no sentir en el cerebro el horrible batallar de los recuerdos!... Pero yo no puedo evitar esto; mi voluntad es impotente para conseguirlo; los pensamientos me atormentan implacablemente, circulan con la sangre de mis venas y casi los oigo... ¡Perdóname, Guillermo, no puedo callarme!

Dió algunos pasos en tal actitud, que su marido creyó realmente que se había vuelto loca. La tendió las manos, llamándola, tratando de calmarla.

—¡Magdalena, Magdalena!—exclamó con voz suplicante. Pero su mujer no le escuchaba. Se había apoyado en la pared enfrente de la chimenea, y repetía sin cesar:

—¡No, no quisiera pensar, porque lo que pienso es horrible, y lo pienso gritando!... Todo lo que hay aquí lo reconozco.

Levantaba los ojos y miraba á la pared. La aparición de Jacobo, de aquel hombre cuya presencia la turbaba de una manera tan profunda, había determinado en ella una crisis moral y material que había aumentado hasta hacerla caer en una singular alucinación. La joven olvidando la presencia de su marido é invadido su cerebro por el atormentador recuerdo del pasado, creía haber retrocedido á otros tiempos. Presa de violenta fiebre, todo su ser tranquilo de ordinario, recibía del más pequeño objeto una sensación aguda é intolerable que la trastornaba, hasta convertir en gritos cada una de sus impresiones. Revivía en ella el recuerdo de las horas que con su primer amante había pasado en aquella habitación, y revivía con tal violencia, que á su pesar la obligaba á manifestar sus pensamientos en voz alta, como si nadie la oyera.

La chimenea, alimentada con leña, proyectaba en las paredes rojiza claridad. La sombra única de Guillermo se-

laba sobre la mesa, subía hasta el techo, negra, colosal; el resto de la habitación, aun los rincones más pequeños hallábanse vivamente iluminados. El lecho, medio descubierto mostraba la blancura de sus sábanas; las estampas de las paredes adquirían tonos crudos y los ropajes amarillos y rojos de Priamo y Tisbe, manchaban el papel con tonos de sangre y oro. El reloj de vidrio y el castillo se iluminaban como si las muñecas acostadas dentro de sus diminutas salas dieran una gran fiesta.

Y Magdalena en aquella viva claridad, se agitaba yendo de un lado á otro, rozando con los muebles su vestido gris de viaje, teniendo su rostro una palidez mate y sueltos sus rojos cabellos, mirando uno á uno los cuadros que representaban la historia de los desgraciados amores de Priamo y Tisbe.

—Debe de haber ocho—dijo,—los he contado con Jacobo. Yo me subí sobre una silla é iba leyendo la explicación que hay al pie de cada estampa. A Jacobo le extasiaba esta historia y se reía de las faltas de construcción y del giro ridículo de las frases... Recuerdo que me incomodé con sus risas. A mi me parecía que estos amores eran ingenuos y que estaban llenos de adorable candidez... Aquí está el muro que separaba á los amantes, y ya veo el boquete por donde se comunicaban sus ternezas. ¡No tiene nada de encantador este muro agrietado, este obstáculo que no pueden derribar dos corazones!... ¡El desenlace es horrible!... Aquí está la estampa donde Tisbe encuentra á Priamo, bañado en sangre; él cree que su amante ha sido devorada por una leona y se hiere con un puñal, y Tisbe al verle sin vida, se mata también arrojándose sobre el cadáver de Priamo... Yo quería morir del mismo modo... Jacobo se burlaba. Si me encontraras muerta, le pregunté, ¿qué harías? Jacobo me tomó en sus brazos, me dió un beso muy fuerte y me respondió: «Te abrazaría así y te besaría en los labios para resucitarte.»

Guillermo se levantó febril, dominado por sorda cólera. Los pensamientos, los recuerdos que su mujer evocaba, le producían insufrible malestar. Hubiera querido amordazarla. La asió fuertemente por las muñecas y la llevó al centro de la habitación.

—¡Calla! ¡Calla!—gritó,—¿te olvidas de que estoy aquí? Eres demasiado cruel, Magdalena.

Magdalena se desasíó y dirigiéndose á la ventana: —Me acuerdo—dijo descorriendo las cortinillas de muselina,—de que esta ventana da al patio. ¡Oh! lo reconozco todo, un rayo de luna me basta. Ahí está el palomar de los ladrillos rojos; por la noche, Jacobo y yo veíamos volver

á los pichones, que se detenían un instante en el borde del tejado para arreglarse las plumas antes de desaparecer de uno en uno por las puertecillas redondas; se arrullaban alegremente picoteándose... Allí está la puerta amarilla de la cuadra, siempre abierta, oímos los relinchos de los caballos, bandadas de polluelos llegaban piando y picoteando en la paja donde encontraban algunos granos caídos de los pesebres... Me parece que era ayer. Tuve que guardar dos días cama, vencida por la calentura. Cuando pude levantarme, me asomé á esta ventana y encontré muy triste este horizonte de paredes y tejados; me gustan los animales y me divertía con la inacabable glotonería de los polluelos y las gracias de los pichones... Jacobo fumaba paseando de un lado á otro. Cuando le llamaba riendo á carcajadas para que viera correr á un pollo con un gusano en el pico y perseguido por toda la banda, Jacobo se acercaba y me estrechaba cariñosamente la cintura. Acostumbraba á besarme en el cuello con besitos ligeros y rápidos, de modo que producía con sus labios una especie de picoteo muy semejante al de los polluelos.

—¡Calla! ¡Calla, Magdalena!—gritó violentamente Guillermo.

La joven se había separado de la ventana y quedó inmóvil ante el lecho que contemplaba con extraña mirada.

—Era en verano—añadió con voz queda,—las noches eran abrasadoras. Los dos primeros días Jacobo se acostó en el suelo sobre un jergón. Cuando quedé libre de calentura, añadimos un colchón á los que yo tenía. Por la noche al acostarme encontrábame la cama llena de... Dejábamos las ventanas entreabiertas, y para tener más fresco descorríamos las cortinas de algodón azul. Son estas mismas, y veo aún el desgarrón que hice en ellas con una horquilla... Yo estaba ya fuerte, Jacobo no era delgado, así es que la cama resultaba estrecha...

Guillermo exasperado, se interpuso entre la cama y Magdalena, y empujó á ésta hacia la chimenea conteniendo á duras penas sus vehementes deseos de estrangular á su mujer para hacerla callar.

—Está loca—se dijo,—y sería insensato maltratarla.

Magdalena empujada por su marido fué retrocediendo hasta tocar con la mesa, fijando al mismo tiempo una mirada estúpida en el pálido rostro de su marido. Cuando tropezó con la mesa se volvió súbitamente, y miró como buscando algún objeto. Se fijó en el tablero de la mesa mirando cuantas manchas encontraba en él.

—Mira, mira—murmuró Magdalena,—yo debo haber escrito alguna cosa aquí. Era en la víspera de nuestra partida,

Jacobo leía y yo estaba aburrída; entonces mojó el dedo meñique en el tintero y escribí algo que no recuerdo sobre la mesa... Quiero encontrar lo que escribí y lo encontraré porque se marcó bien, y no puede haberse borrado.

Y volviéndose se inclinó sobre la mesa para ver mejor. Algunos segundos después gritó con aire triunfante:

—Ya sabía yo que lo había de encontrar; mira, lee: *Amo á Jacobo*.

Mientras Magdalena miraba á la mesa Guillermo reflexionaba de qué medio se valdría para hacerla callar. Su orgullo, su egoísmo amoroso habían sido cruelmente heridos, y á su pesar nacía en su espíritu la necesidad de contestar brutalmente. Cerraba los puños y sus brazos se levantaban, y si no los dejaba caer con furia sobre Magdalena, era porque no había perdido por completo la cabeza, y le repugnaba pegar á una mujer. Pero cuando Magdalena leyó *Amo á Jacobo* dando á estas palabras igual entonación que debió darle en otro tiempo, se incorporó como para golpearla.

Fué un relámpago. La joven comprendiendo la intención de su marido, se volvió bruscamente.

—Eso, eso—gritó,—pégame... quiero que me pegues.

Si no se hubiera vuelto tan á tiempo, es indudable que Guillermo hubiera dejado caer sus puños sobre ella. Aquel espléndido moño de rubios cabellos, aquella impúdica nuca, donde creía distinguir aún las huellas de los besos de Jacobo, le irritaban, le hacían implacable. Pero al encontrarse con el blanco y delicado rostro de Magdalena, se apoderó de él súbita piedad y retrocedió falto de valor.

—¿Por qué te detienes?—le preguntó su mujer.—Ya ves que estoy loca, y que merezco se me trate como una fiera.

Magdalena rompió á llorar con desconsuelo. Aquella crisis de lágrimas calmó rápidamente su sobreexcitación. Desde el comienzo de su extraña alucinación que hacía revivir en su mente los días de pasada época, Magdalena sentía su garganta oprimida por una ola de sollozos. No hubiera hablado si hubiese podido llorar. Ahora que su angustia se exteriorizaba, su llanto iba poco á poco calmándose. A medida que su razón volvía, comprendía toda la crueldad de su locura. Le pareció que despertaba de una pesadilla horrenda, durante la cual había manifestado á gritos las ideas que llenaban por completo su desorganizado cerebro. Se enojaba ya contra las frases que había dejado escapar. Ya no podía recogerlas y su marido no podría olvidarlas nunca; en adelante se levantarían constantemente entre ellos el recuerdo de aquella habitación

y la viva realidad de uno de sus episodios de sus amores con Jacobo.

Desesperada, aterrorizada por la idea de que ella misma lo había confesado todo, sin que Guillermo le hubiese exigido aquella confesión, se acercó á él con las manos juntas en actitud suplicante.

Guillermo se había dejado caer sobre una silla con la cabeza baja y ocultándose el rostro con ambas manos.

—¿Sufres?—balbuceó Magdalena.—He dicho cosas horribles... y no sé por qué las he dicho. Estaba loca... pero cree, Guillermo, que no soy mala. Recuerda nuestros buenos tiempos que había olvidado y créeme digna de ti... ¡Cuánto te amaba y te amo todavía, Guillermo mío! Pero no me atrevo á jurarte que te amaré siempre porque sé que no me creerías. Y sin embargo, es cierto. En este cuarto me trastornan los recuerdos y si no hubiese podido hablar, me hubiese ahogado seguramente.

Guillermo no dijo nada. Hallábase abismado en una desesperación sin límites.

—Vamos—añadió Magdalena,—ya comprendo que entre nosotros ha concluido todo. Mi deber es desaparecer... ¡Qué grata me será la muerte!

Guillermo alzó la cabeza.

—¿La muerte?—murmuró,—¿la muerte tan pronto?... No. Aun no debe haber acabado todo.

Miró á su mujer conmovido ante el temor de verla muerta. Había perdido todas sus esperanzas y se consideraba herido para siempre; pero todas sus debilidades nerviosas aparecían de nuevo ante la idea de un desenlace inmediato y violento. Quería vivir aún, no porque creyera poder disfrutar nuevas alegrías, sino porque experimentaba amarga voluptuosidad sufriendo por aquel amor que había sido la única alegría de su vida. Muerto no podría recibir ni los dolorosos desengaños de Magdalena.

—Sé franco—dijo Magdalena con voz áspera,—no tengas miedo de ser cruel... ¿No soy yo la que te he alejado de mí?... Desde ahora un hombre nos separará ¿Te atreverás á abrazarme, Guillermo?

Este no respondió.

—Lo ves, no me respondes, y así la vida es imposible. No quiero correr el riesgo de encontrarme de nuevo en mi camino mujeres harapientas que me tuteen, ni quiero albergarme otra vez en posadas que puedan evocar recuerdos del pasado... Mejor será acabar de una vez.

Comenzó á dar vueltas, Magdalena, buscando dentro de la habitación un medio de darse la muerte. Guillermo la seguía con la mirada sin encontrar palabras que dirigirla.

Si se hubiera suicidado en aquel momento no hubiese hecho nada para impedirlo. Pero Magdalena se detuvo bruscamente; el recuerdo de su hija hirió su mente con viveza, pero no queriendo confesar á su marido la causa que la detenía, se limitó á decir:

—Oye, prométeme no impedir que me dé la muerte el día que nuestra existencia sea intolerable, ¿me lo prometes?

Guillermo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Después se levantó y se puso el sombrero.

—¿No quieres estar en esta habitación hasta mañana?—le preguntó Magdalena.

—No—contestó estremeciéndose;—nos vamos.

Cuando hubieron recogido los paquetes que llevaban, miraron á la habitación por última vez; el fuego se consumía, las ropas de la cama medio levantadas resaltaban por su blancura, las estampas de Priamo y Tisbe parecían manchas negras en las paredes, el reloj de vidrio se oscurecía en la sombra. Los esposos pensaron que habían entrado allí con la esperanza en el corazón y que salían abatidos y desesperados. Al verse en el corredor inconscientemente procuraron ahogar el ruido de sus pasos. Jacobo podía enterarse de que se marchaban. Magdalena volvió la cabeza obedeciendo á un movimiento instintivo.

Cuando llegaron al patio tuvieron que llamar al mozo de servicio, quien se levantó malhumorado. Eran las dos de la madrugada y aquella marcha repentina le parecía muy extraña. Pensó que debía haberse desarrollado alguna escena de celos entre los dos amantes de la señorita Magdalena. Esta idea le hizo olvidar su malhumor. Ya instalados los esposos en su coche, les gritó con tono irónico:

—¡Buen viaje y hasta la vuelta, señorita Magdalena!

La joven lloró silenciosamente. Guillermo abandonó las riendas sobre el cuello del caballo que tomó el camino de Veteuil. No recordaban que querían ir á París y preferían volver á curarse de sus heridas en la calma y el silencio de la Noirande, y maquinalmente volvieron á recorrer el camino andado como fieras mortalmente heridas que se arrastran hasta sus guaridas para morir en paz. La vuelta fué muy triste. El campo se extendía más siniestro bajo las oblicuas claridades de la luna que agrandaban las sombras colosales á lo largo de la carretera blanca y helada.

Al amanecer, el frío fué tan intenso que las manos de los esposos se encontraron bajo la manta de lana gris.